

INTRODUCCIÓN

Correr no es cuestión de velocidad, sino de resolución, porfía, firmeza, tesón y entusiasmo. Cualquier necio puede echarse a correr hasta caer desplomado, pero continuar cuando todos los nervios del cuerpo imploran la tregua, vencer al cansancio, la extenuación y el desaliento, ignorar la razón y abrazar lo descabellado: he ahí la verdadera grandeza, he ahí la impronta del campeón.

Durante el decenio de 1972 a 1982, tres estadounidenses se convirtieron en campeones del mundo de atletismo de larga distancia. Aunque provenían del anonimato, lograron hacerse un lugar en el corazón y la conciencia del país. Sus victorias eran celebradas en las primeras páginas de los periódicos, divulgadas en las cubiertas de las revistas y pregonadas por los comentaristas televisivos. Sus nombres se convirtieron en familiares y sus hazañas fueron acicate para que millones de personas siguieran sus pasos. Gracias a ellos, el atletismo vivió un *boom* y nació una industria multimillonaria.

Frank Shorter, Bill Rodgers y Alberto Salazar no se propusieron en ningún momento convertirse en los héroes de una generación harta de la guerra y el malestar; su deseo consistía, pura y simplemente, en llegar a ser los mejores del mundo. Superaron las barreras que otros habían erigido y se demostraron a sí mismos que poseían la fuerza, la voluntad y la velocidad necesarias para triunfar. Y no lo hicieron por la fama o el dinero —los reglamentos de aficio-

nados de la época les prohibían ganar un solo centavo—, sino por puro amor al deporte.

Shorter fue el pionero. Hijo de un médico de Connecticut, colgó los libros de medicina para perseguir su sueño. Había estudiado en Yale y había crecido rodeado de las comodidades propias de la clase media-alta, pero albergaba un oscuro secreto familiar que lo empujaba a correr más rápido y más lejos en un vano esfuerzo por deshacerse de él. Corredor autodidacta, experimentó entrenándose en altura y en pista, corriendo a intervalos de cuatrocientos metros con la precisión de un millista. Demostró su firme lealtad a amigos como Steve Prefontaine, pero también supo ser distante y reservado, y no se abstuvo de hacerles la guerra psicológica a sus rivales antes o durante las competiciones. Su éxito en los Juegos Olímpicos de Múnich marcaría el camino a seguir para todos los que vendrían tras él.

Bill Rodgers tenía su misma edad. Tras licenciarse en la Universidad Wesleyana, durante los últimos años de la guerra de Vietnam, vagó sin rumbo con su motocicleta y un paquete de cigarrillos. Objeto de conciencia, volvió al atletismo porque era lo único que echaba de menos de aquellos días oscuros y vacíos. Sobrevivió a base de cupones de alimentos, y cuando el frío invierno de Boston le impedía correr al aire libre, se entrenaba dando cientos de vueltas a una vieja pista de madera. En el Greater Boston Track Club encontró compañeros y un hogar, y con ellos se forjó una vida que saltaría a la luz pública un lunes de abril.

Alberto Salazar era «el Rookie», un chico prodigio que empezó a entrenarse con Rodgers siendo aún un torpe alfeñique de dieciséis años. Su padre había luchado junto a Fidel Castro y el Che Guevara en la revolución cubana, pero había huido a Estados Unidos al ver que Castro pretendía convertir Cuba en una república atea. El muchacho heredó el carácter impetuoso de su padre y empezó a correr tanto para complacerlo como para escapar de él. Nada podía detenerlo: ni la fatiga ni el calor ni la muerte. Estaba decidido a conseguir el récord del mundo... antes de cumplir los veintidós.

Los tres descubrieron su talento de manera poco menos que accidental, y los tres se abrieron paso por una senda carente de señales claras. Por entonces no había programas estatales destinados a desarrollar su potencial, ni nutricionistas o entrenadores que corrigieran sus vicios, ni intereses corporativos con los que financiar sus entrenamientos. Corrían porque no podían hacer otra cosa, y al hacerlo transformaron el panorama deportivo del país y dominaron el mundo durante casi una década.

Después de ellos, ningún estadounidense ha igualado sus logros; Joan Benoit Samuelson fue la única que alcanzó (más o menos hacia la misma época) una fama y un reconocimiento semejantes. Es más, desde aquel periodo de gloria, ningún corredor estadounidense (a excepción de Samuelson en 1984 y Bruce Bickford en 1985) ha ganado una medalla de oro en ninguna competición olímpica ni ha sido campeón del mundo en distancias superiores a los cuatrocientos metros.

¿Sería el aire que respiraban? ¿El agua que bebían? ¿Acaso un duende mágico había convertido aquel país de hippies fumadores de grifa en una nación de corredores de pies ligeros? De un día para otro, los muchachos flacos se pusieron de moda y LSD pasó a significar *long slow distance* (distancia larga y lenta). Hombres hechos y derechos salían al asfalto equipados con mallas y guantes a vérselas con el tráfico por un pedazo de arcén. Los símbolos de las marcas deportivas se convirtieron en emblemas tribales, y los geles y suplementos vitamínicos entraron a formar parte del desayuno.

Con todo, sus hazañas podrían haber quedado sumidas en el olvido, relegadas a los márgenes de alguna revista de deportes extravagantes, de no ser por una cosa: se tenían los unos a los otros. Durante aquella década ominosa, los logros de unos iluminaron la figura de los otros. Shorter, Rodgers, Salazar. El pionero, el popularizador, el usurpador. Su rivalidad los animó a entrenarse con más ahínco, a correr más rápido, a elaborar mejores estrategias. Por separado, se habrían limitado a ganar carreras; juntos, lo cambiaron todo.

Saltaron a la palestra gracias a la maratón y se distinguieron gracias a la pista, pero sería en el asfalto, en distancias inferiores a la maratón, donde más honda sería su impronta. Las carreras en asfalto fueron el principal escaparate de su prolífico talento. La pista requería una especialización excesiva, y la maratón infundía demasiado respeto, pero las carreras en asfalto cumplían los requisitos necesarios para ser del gusto de cualquiera. En ellas, el novato desentrenado podía colocarse junto a un campeón del mundo y esperar a su lado a que sonara el pistoletazo de salida; uno podía correr ocho kilómetros un sábado por la mañana y, aun así, tener tiempo de sobra para desayunar y echar la siesta. Eran actos populares liderados por atletas de nivel internacional, el lugar ideal para un pueblo más interesado en la superación personal que en la revolución que lo había engendrado. Por lo demás, en un mundo cada vez más complejo y confuso, correr equivalía a implicarse en una causa que trascendía a uno mismo: la carrera como una hazaña colectiva en la que cualquiera puede ser un «campeón». Shorter, Rodgers y Salazar allanaron el camino y mil carreras florecieron a su paso.

De todas las que surgieron en esa década, cabe destacar una. Una carrera para dominarlas a todas. Empezó siendo una pequeña escapada de entresemana a una población anónima del cabo Cod y una buena excusa para ir de bares, pero acabó convirtiéndose en un evento deportivo de ámbito internacional al que acudían los mejores corredores. Se convirtió en el lugar donde todo aquel que aspiraba a ser alguien iba a ponerse a prueba, y en poco tiempo se labró una reputación como la mejor carrera de asfalto de Estados Unidos. Durante diez años, Shorter, Rodgers y Salazar fueron sus amos y señores: la ganaron siete veces, batieron siete récords e hicieron de esa ciudad su hogar.

La carrera de Falmouth fue la metáfora perfecta del *boom* del atletismo de fondo. Nació con Shorter, creció con Rodgers y alcanzó su apogeo con Salazar. Fue también la primera, última y única carrera en que los tres compitieron cara a cara. La historia de Falmouth es la historia de la edad de oro del atletismo, de su auge y desarrollo,

un reflejo del idilio que Estados Unidos vivió con este deporte. Al mismo tiempo, narra la historia de un país durante el periodo que marca el fin de una época y el principio de la siguiente. En lo más hondo de la crisis espiritual y económica, empezaba a cocerse el renacer de las ciudades, las artes, los negocios y las finanzas. Correr era tanto el síntoma de una desesperación sisifeana como el antidoto contra el descontento y el sopor. Un pie delante del otro, una actividad sin sentido y, no obstante, de lo más profunda. En Falmouth era el lugar donde los corredores tomaban la medida de su convicción, y ahí volvían para competir contra los demás y contra sí mismos.

De modo, pues, que esta historia empieza y acaba en Falmouth. La abordaremos, no obstante, por el medio, en 1978, el año en que un joven audaz intentó desbancar a su maestro y a punto estuvo de morir en el intento.